

## La conciencia de América

(Circular. En Rep. Amer.)

Los firmantes, preocupados por el futuro inmediato de Nuestra América, como en expresión feliz la llamó José Martí, hemos creído oportunas algunas reflexiones que sometemos al juicio de la opinión pública. Ellas están inspiradas en la tradición más profunda de nuestros pueblos y en la reconquista creciente de la democracia civil, que las dictaduras totalitarias quisieran arrasar.

Se ha dicho por quienes o ignoran o no quieren reconocer la verdadera entraña de nuestra tierra que es estéril para la democracia. La verdad está en el extremo opuesto. Nuestra América es tierra estéril para el despotismo. Espléndidas demostraciones de auténtica vocación republicana han dado, en los tres últimos años, Argentina, Colombia y Venezuela, en victoriosas jornadas heroicas. Los hombres libres de estos países han debido luchar inermes, muchas veces contra ejércitos dotados de las armas más terribles construídas en el infierno frío de nuestro tiempo. Nada ha podido detener, sin embargo, a la muchedumbre que dando el grito de libertad se ha agolpado en las plazas abiertas. Confundidos en una sola masa estudiantes, niños, mujeres, sacerdotes, obreros, campesinos, pobres, ricos, han luchado hombro a hombro con los oficiales y soldados del ejército que levantaron la bandera de la patria para que volviera a flotar por encima de la del dictador. Más afortunado el Perú, pudo pasar sin violencia de la dictadura militar al régimen civil. Pero la lucha no ha terminado y lo estamos viendo en el desesperado batallar en Cuba. Queda mucho por afirmar y mucho por reconstruir, y aún están en pie algunas dictaduras cuyo derrumbamiento vendrá por inexorable ley del espíritu americano. Pero nadie puede desconocer el hecho de que nos movemos, ahora sí, en la dirección democrática que señala nuestra tradición. El ejército estuvo por largo tiempo engañado, y puesto al servicio, no de la ley civil, no de sus antecedentes libertadores, sino de turbias ambiciones personales. En ocasiones se le convirtió en instrumento de políticos diminutos que no hubieran salido a flote en el juego limpio de unas elecciones puras. Ahora, ese ejército despierta a la realidad de su misión tradicional. En nuestra América las armas que se vuelven contra el orden civil, contra

las libertades, apuntan a fusilar la historia propia y marchan contra las voces de mando que les dieron los libertadores. La iglesia católica ha visto claramente hasta dónde hay un espíritu cristiano en los pueblos que rechazan a los dictadores, y hasta dónde la tiranía desconoce la dignidad del hombre, los derechos humanos, semillas de nuestra vida civil y fundamento de la sociedad cristiana.

Este despertar de nuestra democracia impone su preservación, no confiándola a la buena voluntad de los extraños, sino acorazándola de nuestra propia decisión. Para nosotros la democracia tiene como esencia de su esencia la fe en la libertad, la convicción íntima de la libre determinación de los pueblos, afirmada en nuestro suelo hace más de cien años con la guerra de independencia. Somos pueblos suficientemente desarrollados en su edad política. El devenir inmediato de los movimientos de recuperación civil ha de ser de tal naturaleza que en el futuro haga impenetrables nuestras repúblicas a regímenes como los que las envilecieron en los últimos años. No puede quedar el mañana de nuestros países a merced de las filosofías totalitarias europeas, de los armamentistas, de los que para invertir capitales buscan en las dictaduras camino fácil para lucrar. La seguridad que podemos ofrecer a quien llegue a nuestra tierra sólo será la de los pueblos libres, responsables a través de sus leyes y sus cortes. Para la defensa del mundo libre sólo podemos responder con una afirmación de libertad y justicia.

Con el triunfo de los movimientos democráticos, la unión de nuestra América ha de entrar en una nueva era, más honorable para negociar en el hemisferio, más significativa para proyectar fuera de él el espíritu que nos guía. La nota culminante de esta nueva era será el estilo de un mundo que sabe hacer valer sus libertades. Ya no serán compromisos o componendas de los usurpadores de turno. No podemos seguir edificando la unidad americana sobre una simple base negativa y sistemática de rechazo al comunismo. Lo rechazamos, sí, pero queremos que aquella unidad, por todos aceptada y anhelada, parta de una afirmación efectiva y clara de nuestra propia y libre personalidad,

Esta afirmación, surgida de íntimas convicciones, ha de expresarse por gobiernos representativos. Las plataformas de los partidos, los programas para la lucha que se inicia dentro de las nuevas circunstancias, tendrán que alinearse en un frente genuinamente nuestro. Hoy más que nunca los menos favorecidos económicamente están viendo que en primer término tienen que ir a la defensa de la libertad, y quienes han gozado de la fortuna comprenden que les ha llegado la hora de luchar por la justicia, para que quienes tienen menos se coloquen en un nivel común que supere el de los estados hechos a imagen y semejanza del privilegio y la discriminación. Hay que humanizar el capital, el ejército, el gobierno, la educación, no poniéndolos al servicio de bajos apetitos, sino donde la justicia lime las asperezas bestiales y la libertad despierte a los espíritus dormidos.

Ha sucedido en nuestro tiempo que al triunfar un movimiento liberador, las gentes del país y la opinión internacional se desentienden de él, no muestran interés por afirmar lo ya ganado, se desvanece el espíritu de cooperación, y queda la vía más o menos franca para las reacciones futuras. A las dictaduras tambaleantes les han llegado siempre refuerzos que se llaman providenciales, y a las democracias que tratan de buscar la tierra firme se las entrega a los azares del destino. Cada nueva república que resurge ahora recoge, como herencia del tirano en fuga, una economía arrasada, un tesoro arruinado, una sociedad desmoralizada por el abuso, el soborno y los negocios turbios. El resurgimiento obliga a levantar defensas invulnerables, a tomar decisiones nacionales vigorosas, a despertar la solidaridad internacional. Al despliegue ejemplar de las masas que desafiaron la violencia motorizada, ha de corresponderse nacionalmente, colocando por encima de los partidos y de las ambiciones personales la imagen de la nueva patria y, en un plano más ambicioso, de la Nueva América unida en una aspiración libertadora. Así, esa América será factor operante en las asambleas internacionales, sólido bloque de una sociedad que tiene algo mejor que darle a sus gentes y que enseñarle al mundo.

(Sigue en la página 16)